

ARCADI ESPADA

Cuatro periodistas

ORWELL | GAZIEL | CAMBA | PLA





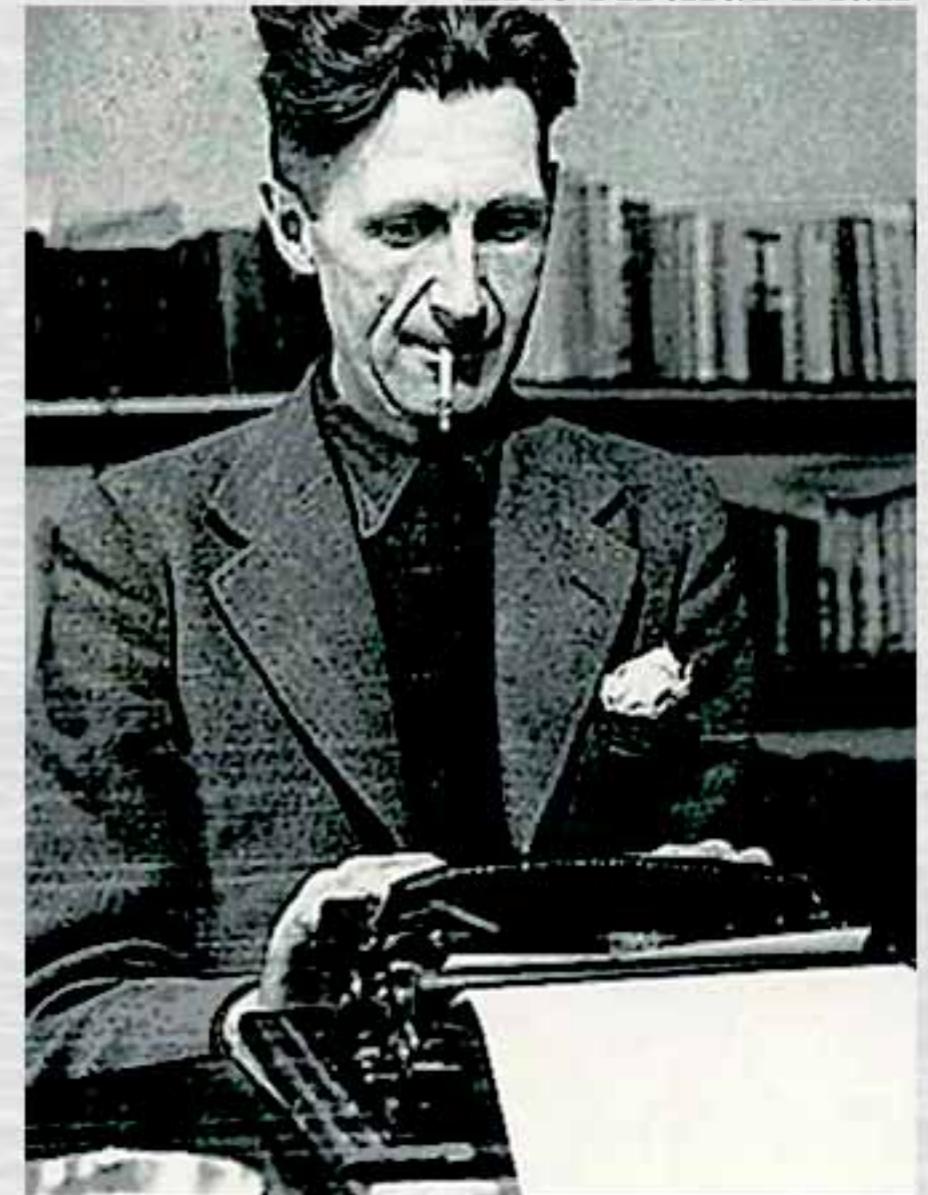
Índice

GEORGES ORWELL	7
Y EL SENTIDO ESCOGIÓ LA PALABRA	8
GAZIEL	15
EL PERIODISTA QUE NACIÓ Y MURIÓ CON LA GRAN GUERRA.....	16
Divagaciones portuguesas (I)	28
Divagaciones portuguesas (II).....	30
Divagaciones portuguesas (III)	34
JULIO CAMBA	39
MI NOMBRE ES CAMBA.....	40
CUANDO CAMBA HUBIESE DADO LA VIDA.....	48
JOSEP PLA	57
JOSEP PLA, UN PERIODISTA BURGUÉS.....	58



GEORGES ORWELL

Eric Arthur Blair



Y EL SENTIDO ESCOGIÓ LA PALABRA

Todo lo que Orwell escribió sobre la verdad, la lengua o el nacionalismo me parece pertinente y útil. No se trata de asuntos irrelevantes. Su vida, aunque corta, tiene el excipiente justo de ironía y heroísmo. Le interesaron la literatura y la política de un modo parejo, vinculado. Escribió de una manera clara y elegante, y nunca pensó que la escritura política fuese un asunto desligado de la estética. En cualquiera de sus párrafos se advierte la presencia de un hombre que escribe: y no de un *phraseur*. Por si todo esto fuera poco supo elegir perfectamente su pseudónimo: Orwell es misterioso y único, y tan necesario para librarse del anodino Blair como Gaziél para hacerlo del Calvet semejante.

Luego hay un puñado de cosas concretas. Por ejemplo, su actitud ante la guerra civil española, plasmada en *Homenaje a Cataluña*, quizá el mejor reportaje que se haya escrito. Del evangelista Juan a Antonio Gramsci han sido muchas las declamaciones sobre la imprescindible equivalencia entre la verdad y la libertad. Orwell las puso en acto, con su implacable denuncia en el mismo lugar de los hechos: un crimen de izquierdas es un crimen. Aún resuena el eco y aún sigue alentándonos. Es probable que Paul Johnson tuviera razón cuando escribió que la



Georges Orwell en Marruecos

guerra civil española era la epopeya contemporánea sobre la que se habían escrito más mentiras. Pero se le olvidó añadir que entre las pocas verdades que no murieron estaba la de su compatriota Georges Orwell.

Otra de las grandes cosas concretas está presente en este volumen. Por vez primera se recoge en un libro español[1] un ensayo fundamental de la cultura de nuestro tiempo: La política y la lengua inglesa. El ensayo no sólo formaliza la noción moderna del eufemismo sino que describe el periodismo y la política como sistemas eufemísticos. Si un eufemismo detectado (pacificación o rectificación de fronteras) es, automáticamente, un eufemismo desactivado se comprenderá la importancia de la crítica orwelliana de la política y los medios. Sería, por supuesto, de un optimismo más que cándido, patético, atribuir al general desconocimiento en España de este texto canónico el aspecto general que presentan la política y el periodismo en sus relaciones con la verdad: por desgracia no está verificada semejante influencia de las letras sobre las armas. Sin embargo, la evidencia de que sea un texto

Del evangelista Juan a Antonio Gramsci han sido muchas las declamaciones sobre la imprescindible equivalencia entre la verdad y la libertad

1984

ampliamente citado en todo el mundo, saqueado por columnistas de toda época y condición; y el hecho de que tras haberse traducido a las principales lenguas haya visto la luz en español muchos años después de

haber nacido, sí metaforiza una cierta orientación de la cultura española, perceptible por lo demás en muchos otros ejemplos posibles.

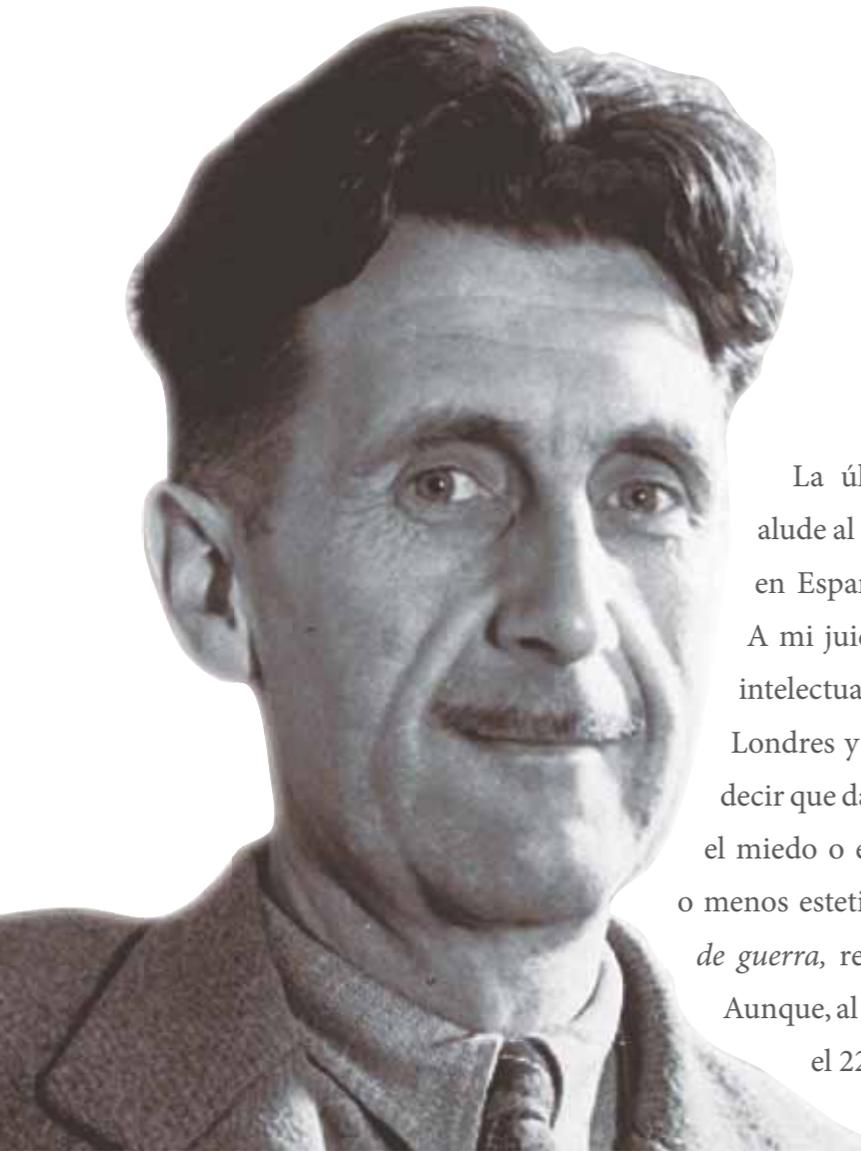
Por si fuera poca desidia cabe reseñar que el ensayo incluye alguna referencia explícita a nuestra circunstancia. Dice Orwell: «*Lo que ante todo se necesita es que el sentido escoja a la palabra*». En España, y especialmente en la política española, es la palabra —la palabra nación, por ejemplo—, la que escoge el sentido. Y otras muchas. Algunas están en este párrafo del propio Orwell: «*La palabra fascismo ahora no tiene significado propio, salvo en la medida en que significa 'algo que no es deseable'*. Las palabras *democracia, socialismo, libertad, patriótico, realista, justicia, tienen todas ellas varios sentidos diferentes e*

irreconciliables entre sí». Por supuesto que semejante perversión puede detectarse todavía en muchos países. Y también en Gran Bretaña. Pero

mi experiencia de lector de periódicos me dice que de ningún modo eso sucede con la misma frecuencia y la misma intensidad que en España.

Es razonable la crítica que este ensayo ha recibido[2] por adherirse a un cierto determinismo lingüístico, según el cual la calidad de las ideas se ve afectada por el lenguaje que emplean los hablantes. «*La lengua inglesa*», escribe Orwell, «*se torna fea e inexacta porque nuestros pensamientos rayan en la estupidez, pero el desaliño de nuestro lenguaje nos facilita caer en esos pensamientos estúpidos*». Orwell vacila frecuentemente entre la razón y la metafísica lingüísticas. No sólo en este ensayo, sino también, por ejemplo, en su crucial *1984*. Pero la objeción, justa insisto, tiene poca importancia práctica, porque lo que prevalece en su análisis es el estado moral que describen unos determinados usos lingüísticos: Esto: «*El gran enemigo de una lengua clara es la falta de sinceridad. Cuando se abre una brecha entre los objetivos reales que uno tenga y los objetivos que proclama, uno acude instintivamente, por así decir, a las palabras largas*[3] y a las expresiones más fatigadas, como *una sepia que escupe un chorro de tinta*». Desde luego. Es una certera analogía. También, aunque se trate de sepias, por la evidencia de que el cerebro decide cuánta tinta hay que verter, pero la tinta nada decide sobre cuánto cerebro tiene el calamar. Calamares, pensamiento y lenguaje.

Dice Orwell:
«Lo que ante todo se necesita es que el sentido escoja a la palabra».
En España, y especialmente en la política española, es la palabra —la palabra nación, por ejemplo —, la que escoge el sentido



La última de las grandes cosas concretas alude al intelectual, esa palabra que da tanta risa en España, y especialmente en sus provincias. A mi juicio, Orwell es un modelo de conducta intelectual. Caen las bombas alemanas sobre Londres y él las anota escrupulosamente. Quiero decir que da la cara ante los sentimientos absolutos, el miedo o el odio, y no acude a escapatorias más o menos estetizantes. Puede observarse en su *Diario de guerra*, recogido por completo en esta edición.

Aunque, al mismo tiempo, es un hombre que anota, el 22 de enero de 1941: «En el *Daily Express* ya se ha utilizado *blitz* como verbo».

En efecto hay que ocuparse de las bombas y de los verbos: en eso consiste la tarea. Su mérito mayor, en este sentido, es la sutura de la creación y el descubrimiento, esas funciones que respectivamente se reservan a los artistas y a los científicos (o a los lampistas y a los policías). En la abrumadora mayoría de sus textos destaca la pasión del descubrimiento: pero era un hombre convencido de que la estética es una de las herramientas de la búsqueda.

La obra de Orwell traza un rastro verídico del siglo veinte. Del colonialismo al comunismo y de la guerra al Estado del bienestar, vivió con intensidad el que algunos historiadores consideran un siglo especialmente contradictorio de la actividad humana. Creo que sus lecciones, algunas realmente visionarias, nos ayudarán durante mucho tiempo. Es una gran noticia que gran parte de su literatura no ficcional aparezca ahora reunida y traducida con limpieza al castellano. Porque es en esa literatura donde se puede apreciar especialmente uno de los rasgos del clásico. La voz. Orwell se oye. Íntimo siempre, hasta en la arenga.

ARCADI ESPADA, septiembre de 2006

[1] Hay un traducción anterior de la revista colombiana *El Malpensante*, reproducida por *Letras Libres* en junio de 2004 [2] Singularmente, Steven Pinker en *El instinto del lenguaje*, pp. 57 y ss, Alianza Editorial, 1995 [3] Un discípulo aventajado de esta idea orwelliana es Aurelio Arteta, que escribió hace años un artículo inolvidable, titulado “La moda del archisílabo”, *El País*, 21-9-1995.

Prólogo a *Matar a un elefante y otros escritos*, Georges Orwell, Turner 2006.





GAZIEL

Agustí Calvet i Pasqual



EL PERIODISTA QUE NACIÓ Y MURIÓ CON LA GRAN GUERRA

Querido J:

Como sabes, e incluso maldices, tengo en mi biblioteca los cuatro volúmenes de crónicas que Gaziell escribió sobre la Gran Guerra, e incluso tengo su remate, el quinto, aquella delicia sobre la Conferencia de Génova que puso fin a la guerra y principio a la siguiente, titulado *El ensueño de Europa*. Los libros están muy viejos y se comportan como un milhojas de hojaldre. Pero de cuando en cuando vuelvo a ellos. Esta semana, por ejemplo, ya que nadie conmemoraba en España el 90 aniversario del fin de aquella guerra atroz. Respecto del conjunto de las crónicas disponemos de una novedad extraordinaria, que no sé si conocerás. Como sabes, las que se recogen en los libros acaban a finales de 1916, con El año de Verdún. Pero la frustración ya puede remediarse desde que el diario *La Vanguardia* ha abierto digitalmente su inmensa hemeroteca, que es una de las mejores del periodismo universal y donde paso horas absorto y enardecido como un niño en un parque de atracciones.

Allí, a un fácil y limpio clic, está la totalidad del trabajo de Gaziell, tal como se publicó y hasta el final de la guerra. Leyéndole en su propio periódico, al que sirvió y quiso con obsesiva tenacidad y que convirtió en el primer periódico moderno de España, no dejaba de pensar en la extravagante anécdota de que su nombre no pudiese imprimirse en el periódico durante muchos años, por causa de las disputas y traiciones de la guerra civil que lo enfrentaron con su editor, Carlos Godó, y a las que daría publicidad y venganza en la célebre *Historia de La Vanguardia*. Hay un interesante ejercicio a hacer aprovechando las funcionalidades casi mágicas de la *timeline*, ese cardiograma digital que registra la aparición de un nombre en el tiempo.

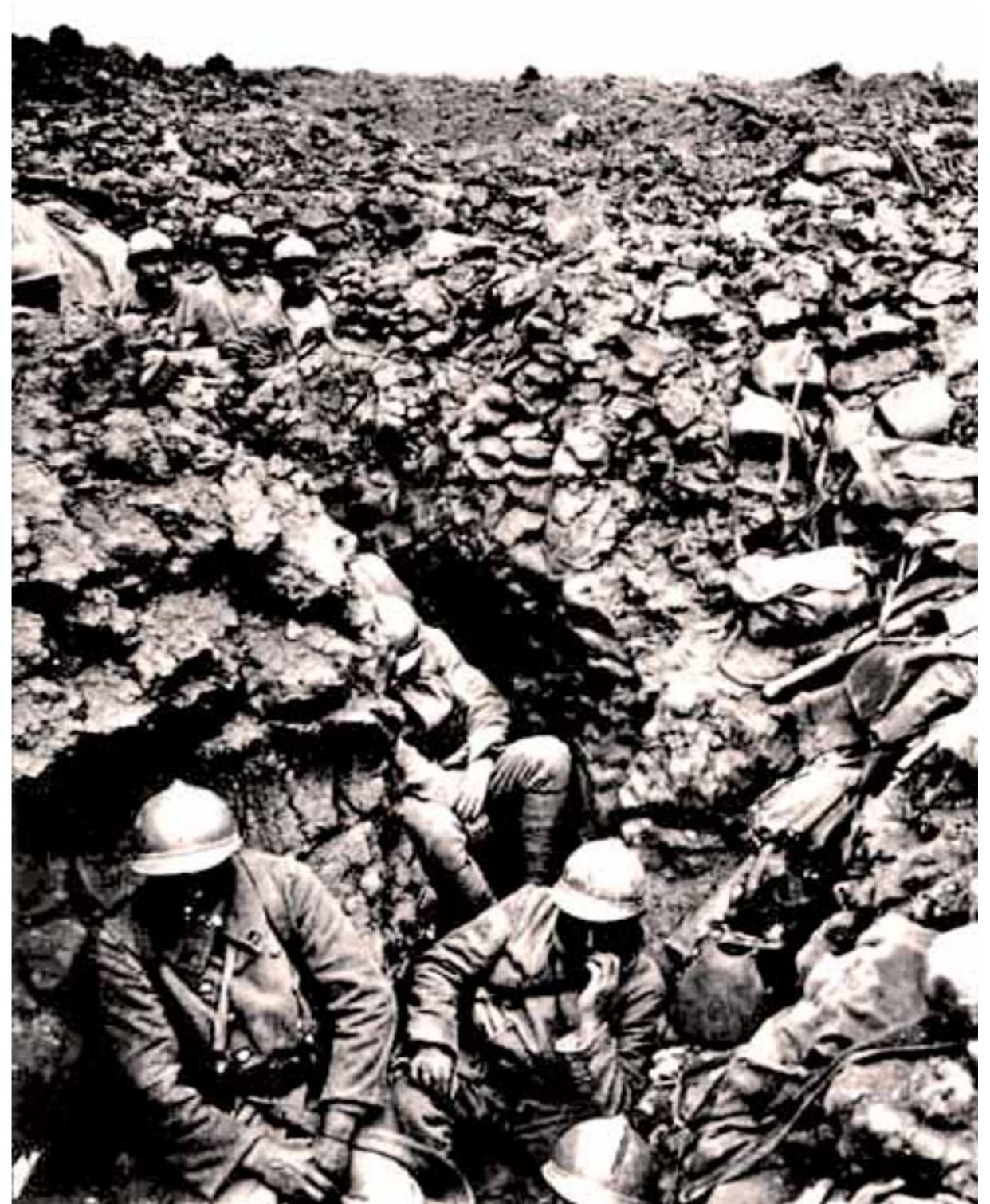


© Santiago Sequeiros



Trinchera británica en la Somme, Francia, julio de 1916

Pon Gaziol entre 1887 y el día de hoy. Verás erguirse crecientes y orgullosas barras a partir de 1914 y hasta 1938. Y las verás despuntar de nuevo a partir de 1981. En medio un valle largo y desértico. Y entre 1938 y 1962 una sima abisal y muda. ¡24 años sin que el nombre de Gaziol apareciese en las informaciones del periódico! Es simbólico que el honor de rescatarlo, el 19 de julio de 1962, le correspondiera a un redactor anónimo que en una anodina reseña musical daba cuenta de los asistentes a un acto sardanista en Sant Feliu de Guíxols, la tierra natal del escritor. Tal vez el hecho alentase al crítico Juan Ramón Masoliver, que el 17 de abril de 1963 nombró de nuevo al prohibido en una columna literaria. Ya que estás en la hemeroteca no te vayas sin echarle un vistazo al artículo publicado el 10 de noviembre de 1918, un día antes del armisticio, aunque fechado en octubre. Gaziol narra su paseo de alta noche por un París en tinieblas, donde sólo cabe palpar



Soldados franceses del 87º Regimiento en Verdún, Francia en 1916



París, estación de Orsay



París, el Sena

los muros y seguir caminando como entre la muerte. Es un artículo soberbio, inquietante, apenas iluminado por los pequeños reflectores de bolsillo que llevan algunos caminantes prevenidos y cuya luz repentina se lanzan recíprocamente a los ojos al cruzarse, como la exigencia crucial de un santo y seña. Escribe Gaziél sobre aquel París: *«Tierra y cielo son una sola oscuridad tenebrosa. Pero nuestro instinto nos guía seguramente, como por entre las encrucijadas de un laberinto de sueño. El silencio es tan profundo que oímos a intervalos el rumor subterráneo del metropolitano, rodando como un trueno apagado, o el silbido de un remolcador del Sena, diluido en la noche, como un grito lejano de alerta».*

Gaziél advierte que ese París (¡ciudad de la luz!) es ininteligible. Pero la oscuridad que lo embebe rebasa la circunstancia de la capital de Francia. El paseo negro es una metáfora exacta de la Gran Guerra. Para comprenderlo hay que acudir a unas palabras encontradas en otro de los grandes libros sobre la tragedia, el escrito por Paul Fussell, *La Gran Guerra y la memoria moderna*. Allí está el párrafo memorable de John Keegan, un especialista en historia militar. Es largo, pero menos que una enciclopedia e igualmente nutritivo.

«La Primera Guerra Mundial es un misterio. Sus orígenes son misteriosos. Lo es también su desarrollo. ¿Por qué un continente próspero, en la cumbre del éxito como fuente y agente de poder y riquezas globales y



Parisinios movilizados en la estación del Este el 2 de agosto de 1914



Voluntarios ingleses en agosto de 1914



Mujeres fabricando obuses, Francia, 1917

en uno de sus mejores momentos intelectuales y culturales, quiso arriesgar todo lo que había conseguido para sí mismo y todo lo que había ofrecido al mundo en la lotería de un conflicto intestino, sanguinario y local? ¿Por qué cuando la esperanza de llevar el conflicto a una conclusión rápida y decisiva fue frustrada en todas partes a los pocos meses del estallido, las partes combatientes decidieron seguir con sus esfuerzos militares, movilizar para la guerra total y entregar a la totalidad de su juventud masculina a una carnicería mutua y esencialmente sin sentido?».

La prosa de Gaziél está tocada de una muy extraña melancolía, que es la clave decisiva de su encanto. Tenía veintisiete años cuando llegó a París para escribir su tesis doctoral. Se instaló en una pensión, donde oficiaba Madame Durieux, y allí le sorprendió el inesperado clarín de la guerra. Pronto empezó a enviar a *La Vanguardia* las primeras notas del que acabaría siendo su *Diario de un estudiante en París*. Si no hay



Gavrilo Princip, detenido después del atentado que costó la vida al archiduque y su esposa en Sarajevo, el 28 de junio de 1914

error la primera fue el 10 de septiembre de 1914: «¿Qué haremos hoy en París? Todos los domingos salíamos al campo, hacia los bosques centenarios de Montmorency, donde lloraba sus desdichas J.J. Rousseau, o hacia las alturas frondosas de Bellevue y Meudon que encierran el estudio luminoso y tranquilo del escultor Rodin. Pero a la caída de la tarde, sobre las brumas cenicientas del río, regresábamos siempre a la vieja ciudad, y hoy sólo parten de París los que ya no saben cuando volverán a verlo.» Durante toda su vida trataría de atrapar, sin mayor éxito, este domingo robado. El estallido acabó con su vocación filosófica y lo arrastró hacia el periodismo. Así se lo explicaba, al menos. Como para cualquier otro ciudadano de su época la Gran Guerra sólo sería el primer escalón de sangre. Luego atravesaría la Guerra Civil española y la Segunda Guerra mundial. Pero él supo siempre que la destrucción del mundo se había producido, para decirlo en términos escolares, con los asesinatos del archiduque y su esposa en Sarajevo. La melancolía,



Soldados ingleses víctimas de gases lacrimógenos durante la batalla de Estaires el 10 de abril de 1918



Giverny

cuyo fondo acaso ni él mismo supo explicarse, está contenida en el párrafo del historiador Keegan. *¿Por qué un continente en la cumbre...?* Yo mismo la he sentido muchas veces atravesando los campos de Francia y llegando al pie del sempiterno monumento que en los lugares más remotos recuerda la destrucción de aquella juventud. Casi un millón y medio de muertos: el 10 por ciento de la población masculina y activa de Francia. Ningún otro país sufrió más. Y la mejor manera de medirlo son las víctimas de la siguiente matanza, la de la Segunda Guerra, que no superaron los seiscientos mil franceses. En cualquiera de las aldeas de la campiña, descifrando los nombres y las fechas grabadas en la piedra y rodeado por el paraje que antes de la destrucción y el saqueo del 14 era un inmenso Giverny, pletórico de nymphéas, es inexorable preguntarse por aquella guerra que iba fabricando su sentido al ritmo del derrumbe de los cuerpos gaseados.

El hondo, el melancólico, el manqué Gaziél, identificaba el mundo anterior a Sarajevo con la facilidad de atravesar países, ¡e incluso patrias!, sin que nadie pidiera cuentas de los orígenes o los deseos. Una Europa sin visados muy distinta a la que sancionaría el Tratado de Versalles. Nuestra Europa se le parece. Está Schengen y la libre circulación de los hombres. Están los imperios, aunque menos visibles. Está el nacionalismo criminal. Y está el acecho permanente de la ausencia de sentido, el siniestro submarino de la historia.

En realidad, sólo faltan Monet y Gaziél.

Sigue con salud.

A.

24 de junio de 2005
Cascais, hora local: 9.07

Divagaciones portuguesas (I)



Villa Giralda

DURANTE LA PRIMAVERA DE 1953, Gaziel visitó a Don Juan Borbón en *Villa Giralda*. La conversación duró cerca de una hora, y Gaziel no pudo explicarla en su *Portugal enfora*, uno de los libros de su *Trilogía Ibérica*. «Sería demasiado largo de explicar», escribía con su habitual elegancia, «y ¿qué quieren que les diga?, ya lo explicaré, si viene a cuento, otro día». La censura franquista impidió, seguramente, que viniera a cuento y añadiera algo más a este decorado: «Me encontré en el primer piso de la villa, dentro de un despacho bastante reducido, como una habitación íntima, ante un hombre joven, alto y fornido, sin pelo en la cara, muy simpático y con aquel aire de familia, vivo y despierto, que todos los españoles viejos conocemos».

Desde hace ya tiempo *Villa Giralda* es propiedad de un ciudadano alemán. Hace un año la cámara municipal le advirtió que no podía tener la casa, y especialmente, el jardín en semejante estado lamentable. Algo ha mejorado; pero sólo en la parte más visible. Cuando uno se adentra libremente –muchas casas en Portugal están abiertas—hasta el fondo del jardín, la cosa cambia. Por el sendero que lleva hasta la piscina –recoleta y modesta—la suciedad y el descuido son visibles. Tronchos de acelga pisoteados –hubo un huerto—cañizales desmochados y herrumbrosas lanzas –más bien restos de barbacoas. Mejor aspecto

externo tiene la casa, de tres pisos y planta moderna. El periodista Gurriarán explica que había sido sede de espías alemanes durante la segunda guerra y quizá en eso sigue. Anson quiso comprar la casa o que otros lo hicieran. Pero, por fortuna, el alemán no quiso. Así el eco de los recuerdos fluye libre. Las maletas de dinero que llegaban de España. La actividad del infante en el casino. Las mujeres y los mil validos. El exilio faisandé.

Antes de ir a ver a Don Juan, Gaziel advirtió a su introductor en la Corte que sólo hablaría con él si podía decirle la verdad. No lo sabemos con precisión, pero imaginamos cuál era esa verdad, en términos generales: «Franco nos ha ganado a todos, lasciate ogni...» Cuando, en los setenta, uno escuchaba el nombre de «*Villa Giralda*» se le alegraba la cara. Una luminosidad amarilla, ampulosa y vibrante. Nada que ver con este chalé burgués donde se envejecía porque algo había que hacer para pasar el tiempo. Escrito en Cascais, a las 10.59, silencio y niebla atlántica.



Don Juan Borbón

25 de junio de 2005

Cascais, a las 10.59

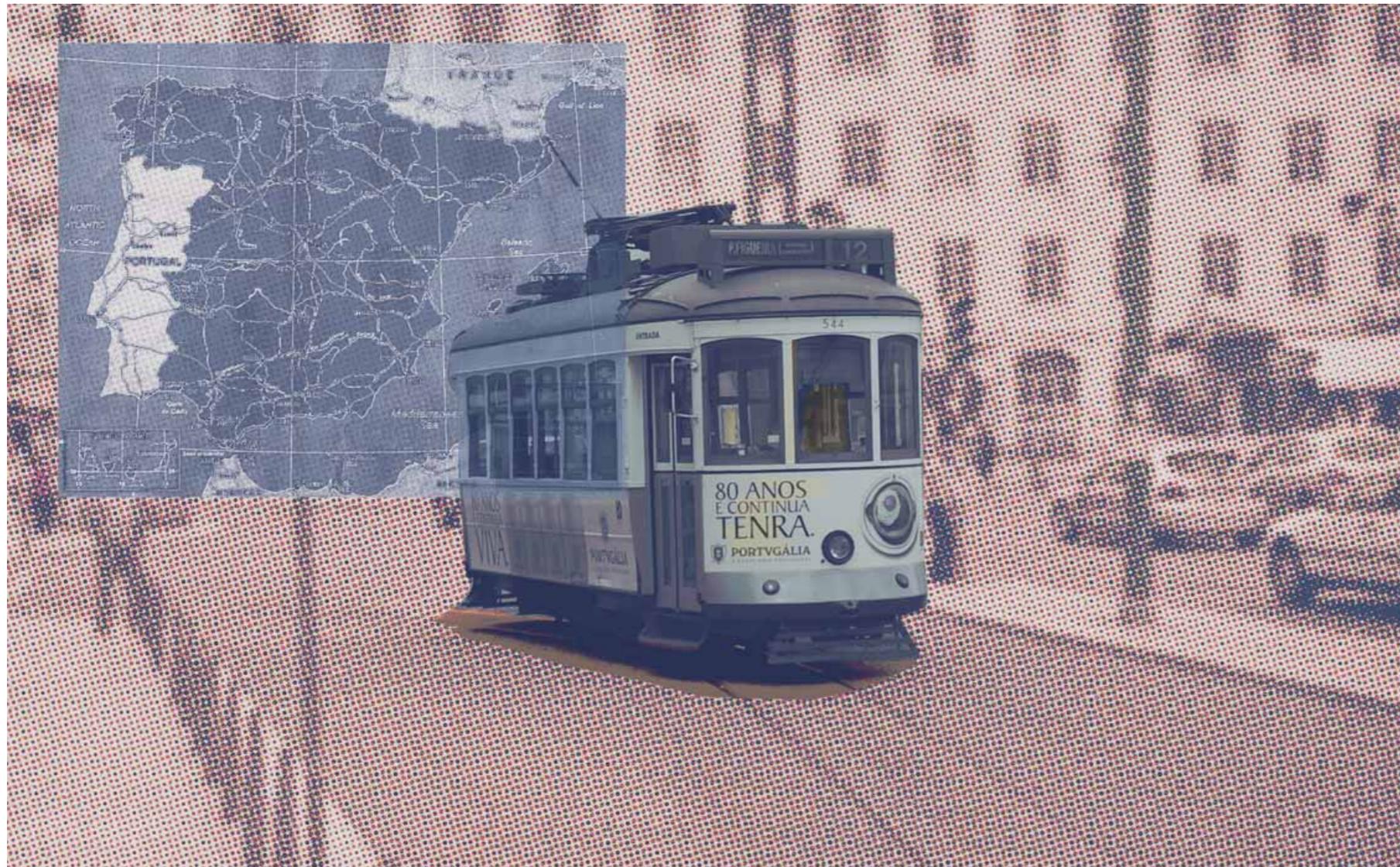
Divagaciones portuguesas (II)

LA TRILOGÍA IBÉRICA está basada en un conmovedor delirio: Gaziel viaja a Portugal como si lo hiciera a una Cataluña independiente. Ve a los dos países como gemelos que corrieron muy distinta suerte, a partir de un cierto y remoto momento: *«Entonces el catalán trató de crear el imposible imperio marítimo que hemos dicho, mediante la efímera dominación del Mare Nostrum y persiguiendo no se sabe bien qué espejismo por tierras de Oriente. Todo este período, que comienza con Jaume I y se presenta como el triunfo apoteósico de las cuatro barras, no fue más que un interminable y estéril rodeo de Cataluña por el desierto de los sueños hasta topar, al despertarse, con la realidad brutal de la propia decadencia. Los castellanos, mientras tanto, no perdían el tiempo e iban haciendo España tal como después ha sido; y los portugueses tampoco paraban de construir su Lusitania. Cuando Cataluña abrió los ojos, ya había caído. Pero, ¿llegó a abrirlos verdaderamente?»*. Gaziel, el entrañable, viaja por Portugal y todo le recuerda por amargo contraste a España. Aquí la gente es fina y educada; los pueblos están limpios y cuidados; en los hoteles habita la posibilidad de un sueño refinado y profundo; el dictador es un hombre culto y no un militarote; todo es húmedo, fértil y verde: al otro lado de la



pared, la reseca y amarillenta España. Una tarde de 1955, en Lisboa, pasea por el Chiado. Cerca de la plaza Camoens, que es una de las plazas que más me gustan del mundo. Ve cómo Ortega sube la calle trabajosamente. Hace muchos años que lo conoce. Duda si saludarlo. Pero qué es Ortega sino la vieja, enferma y fracasada España. Aunque algo de razón meramente denotativa tenía en verle así, vacilante y decrepito, porque el filósofo moriría al cabo de pocos meses. Pero Ortega no es más que otro harapo de España.

¡Pobre Gaziel! Amargado por la Cataluña que no pudo ser portuguesa. Amargado por la España sol y moscas. Alegre sólo por la janela verde, el manuelino y el *less is more* cisterciense de Alcobaça. La evidencia de que separarse de España fue el gran negocio portugués. La tortura de pensar en lo que podría haber hecho Cataluña con una fortuna similar. Me acuerdo de él y de sus notas ensoñadas a cada paso que doy por Lisboa y veo sus sueños caídos a pedazos.



Lisboa

El recuerdo se afina cuando entro en el palacio de la hemeroteca municipal, y camino por entre los pasillos de una de las más importantes de Europa, y veo como los viejos diarios marítimos comparten espacio con un palomar y las consecuentes, inexorables defecaciones, y el batir de alas grosero, sucio e infernal de las palomas vociferando sobre el delicado crujido del pasar página de los lectores. ¡Pobre Gaziel!: nunca sobresalió por la calidad de sus pronósticos. España, con Cataluña incluida, podría comprar hoy Portugal. Debería hacerlo, ha dicho un lúcido político lusitano. Caminando por la maravilla caída de Lisboa me entra una furiosa avaricia ibérica, casi trastabillante, y debo remediar la fiebre con un ungüento callejero a base de licor de guindas. Llegué a pensar incluso en la posibilidad de un buen manifiesto anexionista. Venga guindas.

Lo cierto es que ningún político español de los últimos veinticinco años ha mencionado siquiera la posibilidad iberista. El franquismo demonizó cualquier discurso de integración, se sabe y se sufre. Que entre Portugal y España no haya una integración fáctica es un absurdo de la política y de la cultura. Y de la economía, por supuesto. ¡Pobre Gaziel!: se asombraría de saber que el principal obstáculo del iberismo es que España ha crecido demasiado y es demasiado rica. En términos comparativos. En los habituales términos comparativos de su desolada Trilogía. Escrito en Cascais, a las 9.25, salido de boca de infierno.

26 de junio de 2005

Cascais, a las 10.59

Divagaciones portuguesas (III)

LA TRILOGÍA IBÉRICA DE GAZIEL es literatura melancólica. Es uno de sus atractivos. Por una lado está la melancolía que le inspira la suerte histórica catalana y su pertenencia, *sisplau per força*, a la reseca España. Su prosa detalla con lirismo y morosidad el sentimiento de pertenencia a una

derrota, y en este punto no creo que tenga rival. Ese sentimiento no es nada raro entre algunos catalanes, y llega perfectamente dibujado hasta nuestros días. Se enmascara entre borrosas proclamaciones de pertenencia a una nación, a un *continuum* histórico, a una lengua. Pero en el fondo de las proclamaciones está, y sólo está, la derrota. Tan de nuestro tiempo es semejante pertenencia que explica incluso la descripción legal de Cataluña como

una nación. Nunca el sentimiento de lo *manqué* se había encarnado con tanta perfección. La incorporación de la palabra nación al pórtico de la gloria estatutario detalla con evidencia insoportable lo que falta; la amputación fundacional. Es completamente exótico e ininteligible para mí que haya sujetos capaces de vivir con semejante carga, y que



Lisboa,
plaza de Figueira



Cascais

esa carga se integre con tanta facilidad en la vida cotidiana. Pero la rareza, ¡casi psicomotriz!, de ese modo de vida tiene un doble fondo que contribuye a explicar su obstinación. El hombre *manqué* tiene siempre adonde ir. Después de los fracasos, las humillaciones y las desdichas cotidianas, a la hora del recogimiento y el duermevela, siempre espera una almita incontaminada y secreta que justifica las humillaciones, que balsamiza la experiencia y, sobre todo, que es capaz de explicar de modo omnicomprendido la fatalidad pública e incluso la privada. La imprescindible cosmovisión del fracaso. Ese regazo siempre a punto, fresco y callado, explica, incluso, el punto de superioridad con que el se comporta en las horas corrientes. Es simple. Tiene adonde ir. Lo he visto también en los católicos.

Pero en la Trilogía hay otra melancolía. Gaziel la describe explícitamente en algún momento. Es un hombre ya mayor cuando emprende estos últimos viajes. De hecho morirá sin llegar a escribir el libro sobre Roma. Ante la belleza y la emotividad de tantos instantes portugueses, en el Bussaco, en Sintra, en las librerías de la Baixa, suele añadir que se trata de la última vez. Y que no volverá. Es un rasgo de las experiencias tardías. Llevan incorporado el recuerdo. Hasta un determinado momento, la vida discurre sin saber que la están filmando.



Sintra

Veinte años después se evoca aquel instante en la playa de Tamariz. Pasaban unos negros formidables colgados de sus vasos largos y alguien trajo de pronto una música para que bailasen sin interrumpir el paso. Y estaba también el viento del Norte y el océano saltando para verlos. Nadie juzga la inesperada belleza. Nadie dice: «*Te acordarás*». Es demasiado pronto. Con los años vuelve la playa, e incluso el vibrante

olor a carbón de sardinas. Por el contrario los viejos viven sabiendo que estos momentos no tendrán su doble, su torna especular. En el mismo minuto que están viviendo incrustan el espejo. No lo veré más, eso dicen. Eso dice el viejo Gaziel arrastrando los pies de la letra. Escrito, a las 10.59, en Cascais, paredón y después.



JULIO CAMBA



MI NOMBRE ES CAMBA

EL 8 DE OCTUBRE DE 1913, el diario *Abc* publica un artículo titulado: *Mi nombre es Camba*. Es el primero que Julio Camba (Villanueva de Arosa, 1884-Madrid 1962) publicará en el diario de los Luca de Tena. Es soberbio. No sólo porque su arquitectura sea perfecta, su estilo impecable y su originalidad evidente. Es que se trata del muy soberbio grito con que el joven Camba —veintinueve años— se presenta, después de años en la prensa golfa, en el salón más noble de la época. No ha necesitado chambelanes ni voceros. Mi nombre es Camba. En la última línea pide a sus lectores que no le tomen completamente en serio «*Ni completamente en serio ni completamente en broma*» —así lo zanja.

El artículo es uno de los ejemplos de la gran escritura de Camba, «*el logos, la más pura y elegante inteligencia de España*», según dijera el siempre avaro Ortega. Y vertebrada de alguna manera simbólica la antología de artículos que Pedro Ignacio López acaba de preparar para la bella colección Austral Summa, de Espasa. Doscientos ochenta artículos, inéditos en libro la abrumadora mayoría de ellos, que permiten proseguir con el descubrimiento, ya facilitado por la propia Austral desde hace décadas, de uno de los escritores más asombrosos de la literatura española. Tan asombroso que no parece español, y a veces, y no es en las ocasiones menos sublimes, ni escritor:

demasiada sintaxis para una cosa y para la otra.

Entre los más de cuatro mil artículos que se calcula que escribió el antólogo ha elegido estos doscientos y pico. Ha buscado los mejores, aunque con algún pie forzado. El más evidente la necesidad de no reincidir en lo que ya se publicó en volumen. Luego, obviamente, el pie forzado de su gusto. López considera que entre 1907 y 1914 se produjo el mejor Camba. No le faltan razones para sostenerlo. Cumplidos los veintitrés años, Camba ha dejado atrás la doxa anarquista que vertebró su vida desde la infancia. Y está a punto de convertirse en algo mucho más seductor: en ese anarkoaristócrata, como lo bautizara el periodista Cristóbal de Castro, en 1907, en las páginas de *España Nueva*. Pero al mismo tiempo está aún



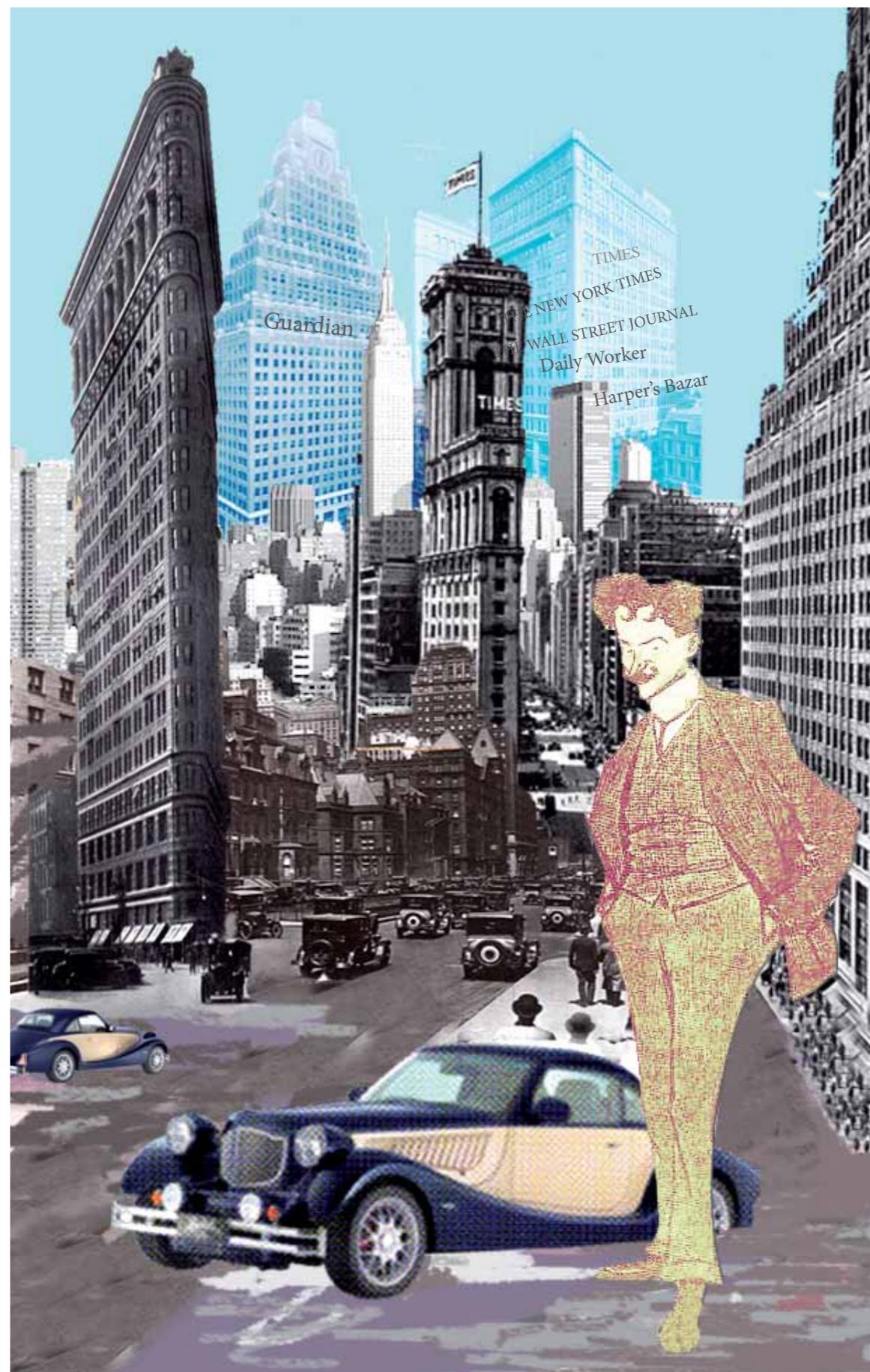
La ciudad automática

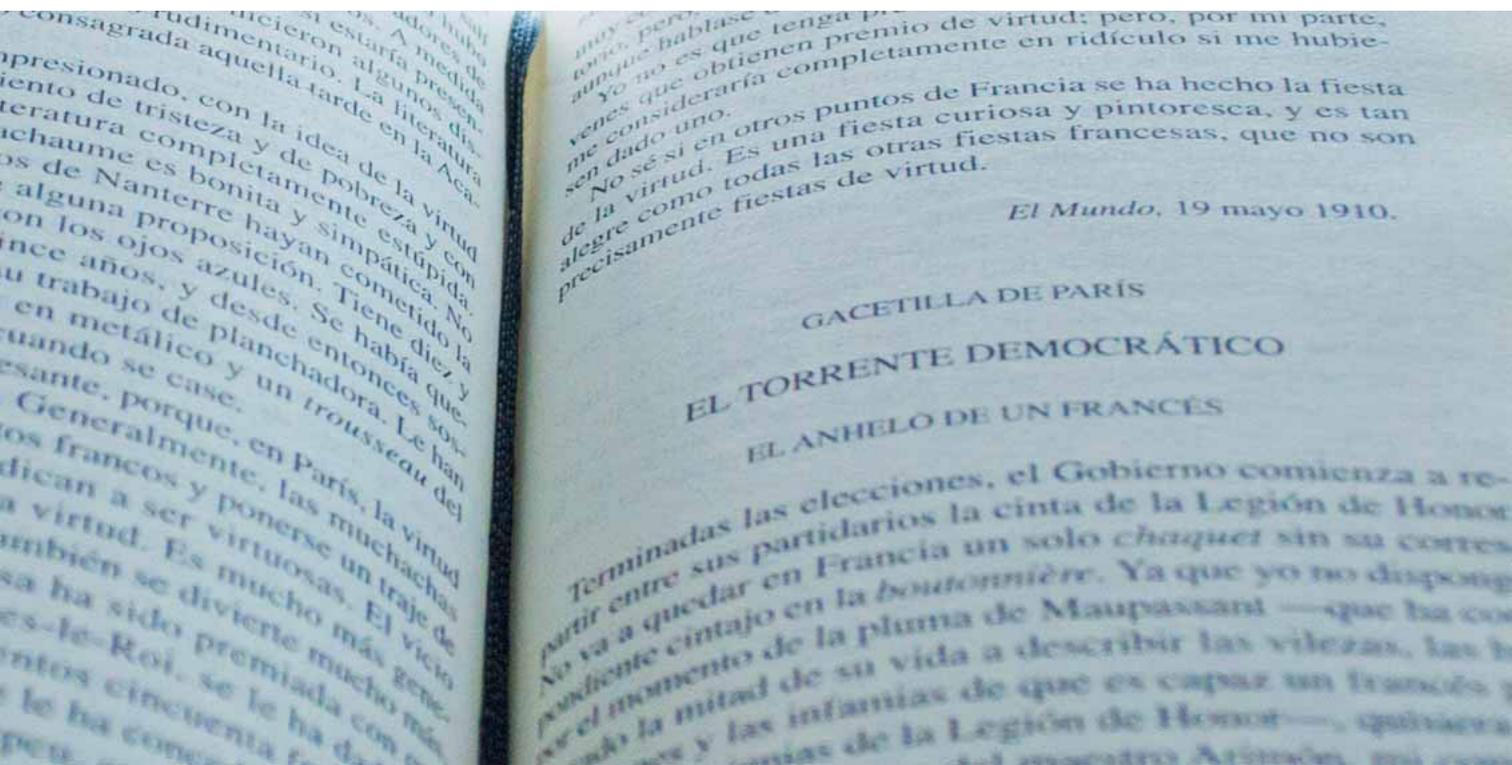
NEW YORK

muy lejos de ser aquel caballero ya muy macerado —refrito, sería mejor decir, contando lo que entonces daba a las prensas— sin señor ni Corte ni posibles, que dormitaba después de la última guerra civil en los salones de un hotel del Madrid. Aquel caballero, es decir, «*El solitario del Palace*» como Ruano lo nombró, fácil, pero efizcamente.

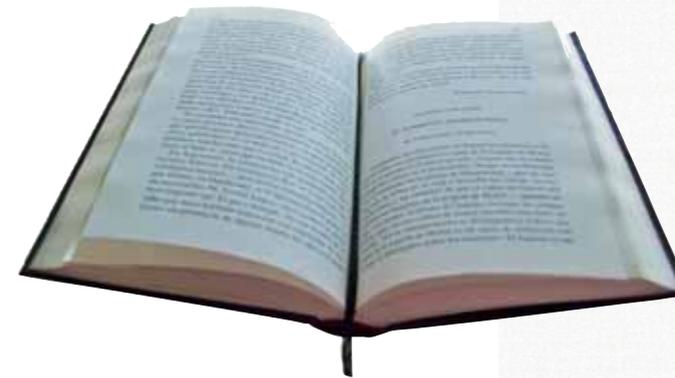
Estas circunstancias añadidas a una madurez insultante y a un sentido de la lengua, inverosímil en un muchacho de veinte años, hace que esta colección de artículos se establezca derechamente como parte del mejor Camba conocido. Es indudable que entre las crónicas norteamericanas de los años veinte —que nutrieron *La ciudad automática*, uno de sus mejores libros, plagiado por Josep Pla, apreciado por Dalí y Lorca, y uno de los grandes libros sobre Nueva York— el antólogo podría haber encontrado metales preciosos. Y es seguro que durante los años treinta, Camba escribió artículos graves y severos —aún duelen— no recogidos en su tristísimo *Haciendo de República*. Y que tal vez ésta habría sido una ocasión excelente para publicar sus artículos de guerra en el *Abc* sevillano y demostrar que ni siquiera ahí, bajo esa fanfarria atronadora, Camba perdía su voz. Pero todas estas posibilidades no son objeciones ni reproches a la antología: es que el cuerpo pide «¡Más Camba!» y carga enfebrecido contra lo primero que se pone por delante.

La antología, por lo demás, permite alguna operación crítica de mucho interés. Es fascinante comprobar, casi día a día, cómo el escritor va haciéndose con un estilo poderoso y va limitando implacablemente la geometría de sus ideas. Consuela comprobar la relativa





El piropo y la primavera



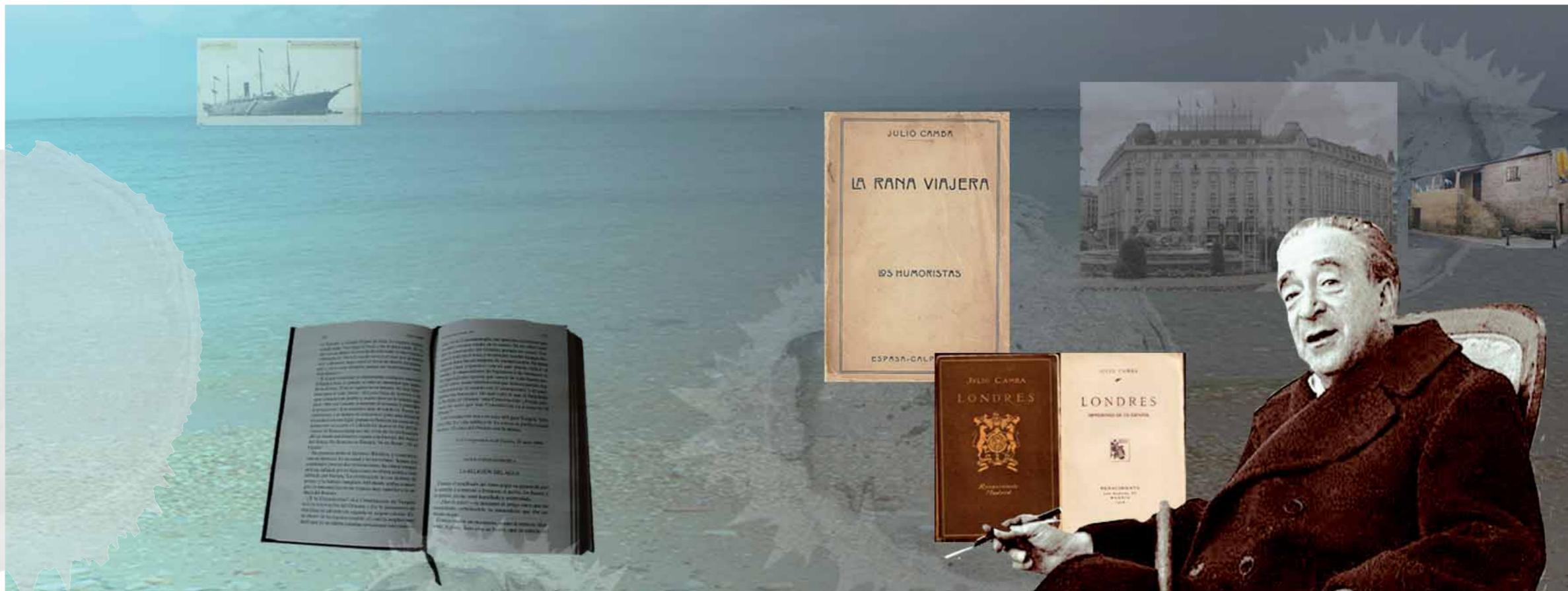
imperfección de sus artículos en *La España Nueva*; encarar la novedad de que sus ideas se repitan en el texto, y aún peor, disfrazadas con diversos ropajes retóricos; consuela ver, en fin, como el joven Camba acude al artificio de acabar el artículo en cola de pez —la expresión es planiana—, es decir, atando principio y final, para soslayar el horror vacui. La antología permite, desde luego, asistir a los inicios de su despliegue como el legendario corresponsal que fue: de paisajes más que de noticias. Y en la antología están sus primeros artículos desde Constantinopla —incluido el prodigioso del baño turco donde Camba se desprende de la roña del cristianismo— y sus series desde París, Londres y Berlín.

Sobre estos últimos textos viajeros conviene decir algo: casi nunca su tema es Francia, Inglaterra o Alemania y sus respectivos ciudadanos. El único tema real y perenne de estos artículos es España y los españoles. La disección a la que Camba somete el español de su tiempo, sea respecto a la política o la higiene (uno y lo mismo), es fría y profunda. El paso de los años sólo ha hecho que hacer emerger, como desde el fondo de un tanque de revelado, esta verdad esencial de su literatura. Sus ironías, por leve ejemplo, sobre el poder de seducción galante de los españoles son despiadadas y van, como es habitual en él, mucho más allá del caso al que aluden. En *El piropo y la primavera*, contando la llegada de un español a París, del español sicalíptico y de lujuria meramente verbal, escribe:

«En París, el órgano no se ha entretenido en crear palabras, porque se va directamente a los hechos (...) Cuando el español llega al hotel y ve que ante cada habitación hay dos pares de botas, uno de hombre y otro de mujer, se mete en su cuarto tristemente y comienza a pensar que eso de la sicalipsis es muy poca cosa». O cuando contando desde Berlín cómo las férreas leyes alemanas multaron a un cadáver estrellado en la carretera, se admira al comparar el hecho con las prácticas de la España caciquil: «¡Qué diferencia entre esto y lo que ocurre en España! En España no se le reconoce personalidad legal a los muertos más que para votar».

Camba por Mingote

La casa del Lúculo



Por si no bastara, en este libro tan inteligente, tan libre y tan simpático, un artículo da la clave final del porqué Julio Camba, después de tantos años, continúa siendo una espléndida rareza. Habla ahora de Mr. Forest, el inventor del motor de explosión. Y escribe: «Yo me he entretenido muchas veces en coger una máquina cualquiera y en averiguar por mí mismo su funcionamiento. Si tengo alguna independencia de espíritu se la debo, quizá, al hábito de jugar con los rompecabezas mecánicos, en cuyo ejercicio se habitúa uno a investigar la verdad directamente y en el que la inteligencia se desarrolla libre de toda clase de prejuicios». En efecto. Así escribía sus artículos y eso es lo que hacía con la vida.

La vida de Julio Camba es un secreto a voces. Desde que a los 16 años embarcara de polizón en el barco que habría de llevarle a Buenos Aires hasta que, a partir de 1949, decide morirse lentamente en su habitación del *Palace*, su vida se confunde en innumerables leyendas que aún van de mano en mano en busca de la seca y minuciosa biografía que las aclare y las dote de significado. Un paso más en este objetivo, aún lejano, es el trabajo con que Pedro Ignacio López completa con *El solitario del Palace* (Espasa Biografías) su aproximación a Camba, que dura ya algunos años, y que dio un primer fruto en su notable análisis de los artículos que el escritor publicó durante la guerra civil.

Aunque Camba no escribió nunca, estrictamente, las fascinantes memorias que llevaba dentro sí dejó algunos textos que permiten hacerse una idea cabal de algunos episodios de su vida. El primero de todos, *El destierro*, una obra maestra cuya primera edición es de 1907 —tenía poco más de veinte años cuando la escribió—, donde narra su juventud, casi su infancia, anarquista en Buenos Aires. El hecho de que aquel anarkoaristócrata evolucionara paulatinamente hacia el aristocratismo anárquico explica, tal vez, su empeño en hacer pasar por novela lo que más bien parecen unas muy canónicas memorias de juventud.

Los otros libros donde más claramente está su vida son *Playas, ciudades y montañas* (1916), recuento de artículos donde evoca con frecuencia la niñez en Galicia y los dos libros financiados por Pedro Sáinz Rodríguez, el eficazísimo mecenas: *Haciendo de República* —una agria ennumeración de motivos de su desesperanza política— y *La casa de Lúculo*, finísima crónica del placer, todavía el mejor libro de cocina que se ha escrito en español.

ARCADI ESPADA

El País, 1 de noviembre de 2003

CUANDO CAMBA HUBIESE DADO LA VIDA

Querido J:

El 18 de diciembre de 1902 atracó en el puerto de Cádiz el *María Cristina*, que traía un grupo de anarquistas expulsados de Buenos Aires. Entre ellos iba Julio Camba, el mejor columnista español. Aún no lo era: dos días antes había cumplido 18 años y a los 13 se había metido de polizón en un barco que lo llevó a la Argentina, donde se hizo hombre y anarquista. Y lo más duradero de todo: columnista. Casi un niño, escribía cosas terribles en los periódicos y quería comerse a la Humanidad cruda. Después de una huelga general, en el invierno de 1902, el Gobierno argentino expulsó a los anarquistas extranjeros. Italianos sobre todo: Camba aseguraba que la mitad de los argentinos eran italianos y la mitad de los italianos anarquistas. La primera escala española del barco fue Tenerife; la segunda Cádiz.

Todo esto lo sabías, porque tu interés por Camba es tan viejo y grande como el mío. Los dos habíamos leído también aquel artículo suyo donde evoca la escala gaditana y al periodista, cuyo nombre no olvidó, que le hizo la primera entrevista de su vida: «¿Cuál es la patria de usted? –me preguntó. Y yo le contesté: –Mi patria es el mundo. El señor Quero no se quedó muy convencido, pero tomó nota y siguió adelante». En todos

los libros escritos sobre Camba no he visto nunca más cita de la entrevista que la que él mismo hizo. Y la otra tarde, releendo artículos me saltó otra vez a la cara este de *La Tribuna*, publicado en 1912. Sin pensarlo más le pedí a mi presidente (ya sabes que soy miembro orgulloso de la Asociación de la Prensa de Cádiz, que preside Fernando Santiago) que tratara de confirmarme si esa entrevista del *Diario de Cádiz* había existido realmente. En un par de semanas me envió dos recortes esenciales.

No hay firma en ellos. Pero se ve perfectamente al hombre. Ahí va Quero. «Cuando ayer por la mañana llegó a nuestro puerto el vapor *María Cristina* se supo que venían a bordo varios individuos españoles, considerados como anarquistas, que habían sido expulsados de Buenos Aires (...) Y para enterarnos de lo que hubiera de cierto fuimos al mencionado barco.» Ya está Quero arriba: «Allí, conocemos al más joven de ellos, Julio Canela [sic], de 18 años, es soltero y natural de la provincia de Pontevedra. Marchó a Buenos Aires desde su país natal hace año y



© Santiago Sequeiros



medio, y allí ha sido redactor, según dice, de dos periódicos conocidos. Ha colaborado también en periódicos anarquistas, y tomado parte en meetings de resonancia. A las autoridades de aquella ciudad ha dado bastante que hacer, porque no cesaba en la propaganda de sus ideas, las cuales no oculta. No siente venir expulsado a España –nos dijo–, porque es español y porque lo mismo le da vivir en aquellos lejanos países: su patria es el mundo».

Ah, me enternece oírle hablar así. En el citado artículo de *La Tribuna*, excavado por Pedro Antonio López para la lujosa antología de Camba que hizo para Austral, y ya con 27 años, quiso refutarse: «¿Que por qué recuerdo hoy todo esto? Pues porque quiero anular en estas columnas aquella declaración. El mundo me resulta demasiado grande (...) No. Yo no soy nada internacional. Yo soy de Villanueva de Arosa, partido judicial de Cambados, provincia de Pontevedra». Me enternece, porque Camba osciló entre la creencia y el escepticismo cínico y a bordo del *María Cristina* creía por vez primera. No volvería a sucederle hasta 1933,

cuando escribió *Haciendo de República*, para dar cuenta, precisamente de su creencia republicana, rápidamente traicionada. Aún volvió Quero al *María Cristina*. O al menos su prosa. Y ya anota correctamente el nombre de nuestro escritor: «Julio Camba Andreu, el joven periodista, natural de Galicia, lleva escritos algunos trabajos que dará a la prensa en Barcelona. Expresa que es tan entusiasta por la idea anarquista, que perdería la vida si con ella pudiera lograr un triunfo para la misma y para la redención de los obreros». ¡Camba, dando la vida, y no sólo por algo sino por los otros! Quero, aunque impresionado, aún está en condiciones de trazar su retrato: «Este joven es de temperamento nervioso, de una actividad extraordinaria, delgado, de mirada inteligente; pasa muchas horas del día leyendo libros anarquistas y escribiendo artículos que envía a varios periódicos».

El *María Cristina* zarpó el viernes 19 de diciembre, rumbo a Barcelona. Quero cuenta que la policía impidió que cualquier persona de Cádiz se acercara al barco a hablar con los anarquistas, temiendo sin

duda la diseminación de la peste. ¡Un barco en cuarentena! La ciudad de Barcelona estaba tan expectante que incluso se escribieron previas. El 20 *La Vanguardia* publicaba un suelto urgente y confidencial donde se aludía a un telegrama que su colega gaditano había enviado al gobernador civil de Barcelona, informándole de la partida del barco peligroso. Y añadía: «*Todos estos anarquistas son de acción, particularmente Julio Cañella [sic], natural de Pontevedra y Antonio Palau, natural de Barcelona*». La confusión con el apellido progresaba. Aunque estaba por alcanzarse la inconmensurable cima de *El País*, que lo llamó Julio Caníbal. Más extensa y analítica era la noticia previa de *El Noticiero Universal*, que se quejaba de la imprudencia del Gobierno de dejar desembarcar a los anarquistas en Barcelona, «*donde con tantísimos correligionarios cuentan*».

El Noticiero no sabía que había sido el propio Camba el que había pedido ir a Barcelona, *La Rosa de Fuego* de los anarquistas. Lo escribió él mismo en un libro asombroso que llamó *El destierro*, donde explica su aventura anarquista y que acaba en alta mar, poco antes de que el Cristina atraque en Cádiz. Ya conoces las razones de mi asombro: lo escribió con 22 años y yo aún no sé de nadie que a esa edad escribiera de aquel modo tan limpio y profundo. Al libro le pusieron el anzuelo de novela. Probablemente tuvo que ver en ello su originaria publicación en *El cuento semanal*. Pero el escritor detalla las condiciones de su pacto veraz con el lector en un fragmento inequívoco y magistral: «*El público se imaginará que yo soy únicamente el autor de esta novela; pero, en realidad, soy algo bastante más importante: soy el protagonista. A los diez y seis años yo era protagonista de novelas, y a los veintidós las escribo. Indudablemente he decaído mucho. Yo soy el protagonista de esta novela o de esta historia (...) Los soldados böers, después de la lucha homérica, se dedicaron para ganarse la vida a reconstruir por medio de pantomimas sus episodios más interesantes. Yo también, si cuento estas aventuras de mi vida pasada, es para ir sosteniendo la presente*».





La policía de Barcelona interrogó a Camba y él aclaró de inmediato que era un anarquista en teoría, aunque sin negar que propagara las ideas de su credo. *El Liberal* le daría la razón unos días después, en un magnífico editorial socialdemócrata: «*El ser anarquista es, sin duda, un extravío del intelecto, pero no es un delito, en ninguna parte del mundo, el sentir un ideal y el pretender exteriorizarlo sin faltar a las leyes*». La policía pareció estar de acuerdo. Decía *El Noticiero* en su última nota sobre el caso: «*A cada uno de los diez anarquistas que ayer llegaron a Buenos Aires y que anoche fueron puestos en libertad entregó el gobernador civil diez pesetas. Además, el inspector de guardia, bajo cuya custodia estuvieron en el Gobierno civil, les invitó a café*». Le iría bien el café a Camba. Muchos años después contaría a Alfonso Camín, en su hermoso piso sobre la fronda del Retiro, el final del destierro: «*Me agarraron en la Argentina*

en traje de verano. Me entregaron a la Guardia Civil, que me llevó desde Barcelona a Galicia. Atravesé España en pleno invierno con traje de playa. Las cárceles eran mis posadas de tránsito. En Galicia me entregaron a la custodia de mi padre».

Como bien sabes, cuando me preguntan sobre el particular yo digo que sólo escribo para mis muertos: Pla, Chaves, Corpus, Gaziél, Camba. O sea que ha sido un gran placer.

Sigue con salud.

A.



JOSEP PLA

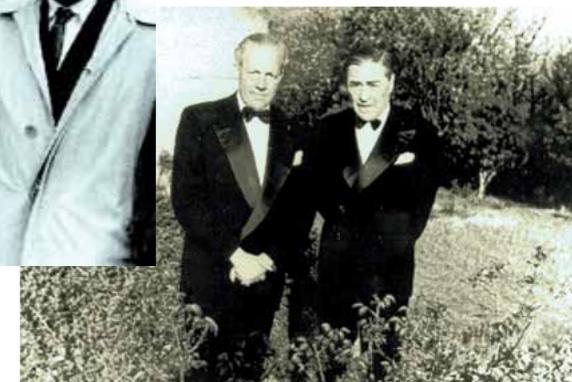


JOSEP PLA, UN PERIODISTA BURGUÉS

JOSEP PLA (Palafrugell, 8 de marzo de 1897 - Llofriu, 23 de abril de 1981) vivió durante la mayor parte del siglo veinte y alcanzó a reunir una obra completa de muchos miles de páginas, formada en buena parte por los artículos que escribió en numerosos diarios y revistas, sobre todo catalanes. Tras licenciarse en Derecho en 1919, comenzó a trabajar de periodista y vivió en diversas ciudades europeas por encargo de *La Publicitat* y *La Veu de Catalunya*. Coincidiendo con la proclamación de la República se instaló en Madrid como cronista político hasta pocos meses antes del inicio de la guerra civil. Obligado a exiliarse en Marsella y Roma, regresó a la España franquista en 1938 y, tras el fin de la guerra, a su masía ampurdanesa de Llofriu. Desde allí comenzó a colaborar en *Destino*, donde escribió semanalmente, durante más de treinta años, su mítico *Calendario sin fechas*.

Por razones probablemente derivadas de la victoria franquista (que deseó y apoyó) la mayoría de esos artículos fueron escritos en castellano, aunque luego, para incorporarlos a la obra completa, se traducirían al catalán, lengua en la que escribiría dietarios, crónicas de viajes, apuntes biográficos y otras piezas no vertidas previamente en



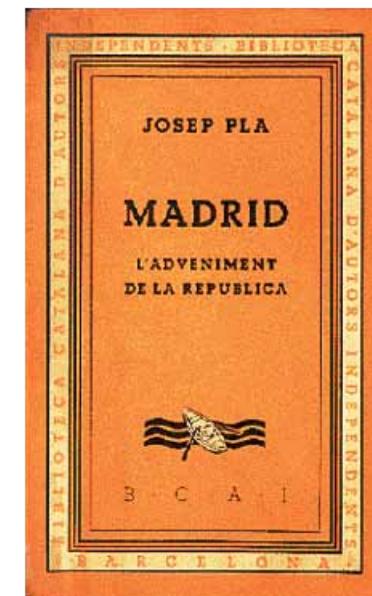


CATALUÑA CATALUNYA

papel de periódico. Pla, por grado o por fuerza, fue un escritor bilingüe; pero el conocimiento de su obra estuvo siempre limitado a Cataluña y sólo durante estos últimos años puede decirse que haya traspasado las fronteras del país catalán.

Entre sus numerosas influencias literarias cabe citar autores clásicos y gigantes, como Montaigne, Stendhal o Leopardi, pero también autores de otro nivel más próximo como Pío Baroja, Julio Camba o Azorín. Más difícil es detectar las influencias que recibió de la literatura catalana, con la excepción del costumbrista Robert Robert o del prosista Josep Carner. En realidad, Pla hizo del desprecio de la estética literaria *noucentista*, más o menos dominante en su tiempo, el caballo de batalla de su juventud: siempre le guiaría la pretensión de una lengua clara, sobria y viva en contraste con el amaneramiento y el estilo mandarín (por utilizar una expresión de Cyrill Conolly) de los *noucentistes*, encarnado singularmente en Eugeni d'Ors.

El objetivo de la obra planiana, tantas veces descrito por él mismo, fue el de dar cuenta de su tiempo, en una suerte de combate moral contra el olvido. Los resultados fueron, en este sentido, ambivalentes. Es cierto que acertó a componer un fresco vivísimo de la Cataluña payesa que encaraba el hosco porvenir de la industrialización, y que dio noticia libre y literaria de la mayoría de personajes catalanes de su tiempo, a los que trató en gran parte. También estuvo presente en varios acontecimientos singulares del siglo, que narró: la inflación de Weimar, la marcha mussoliniana sobre Roma, o la proclamación de la República española. Pero son igualmente llamativas las elusiones de su proyecto memorialista. Una, pública, fue la Guerra Civil española, el acontecimiento más decisivo de su vida, a la que dedicó algunas líneas confusas y breves, de escaso calado y menor compromiso, bloqueado quizás por el uso inmoral que los franquistas acabarían dando a la Victoria. Otra fue de orden privado: Pla escribió en *El Quadern Gris*, su





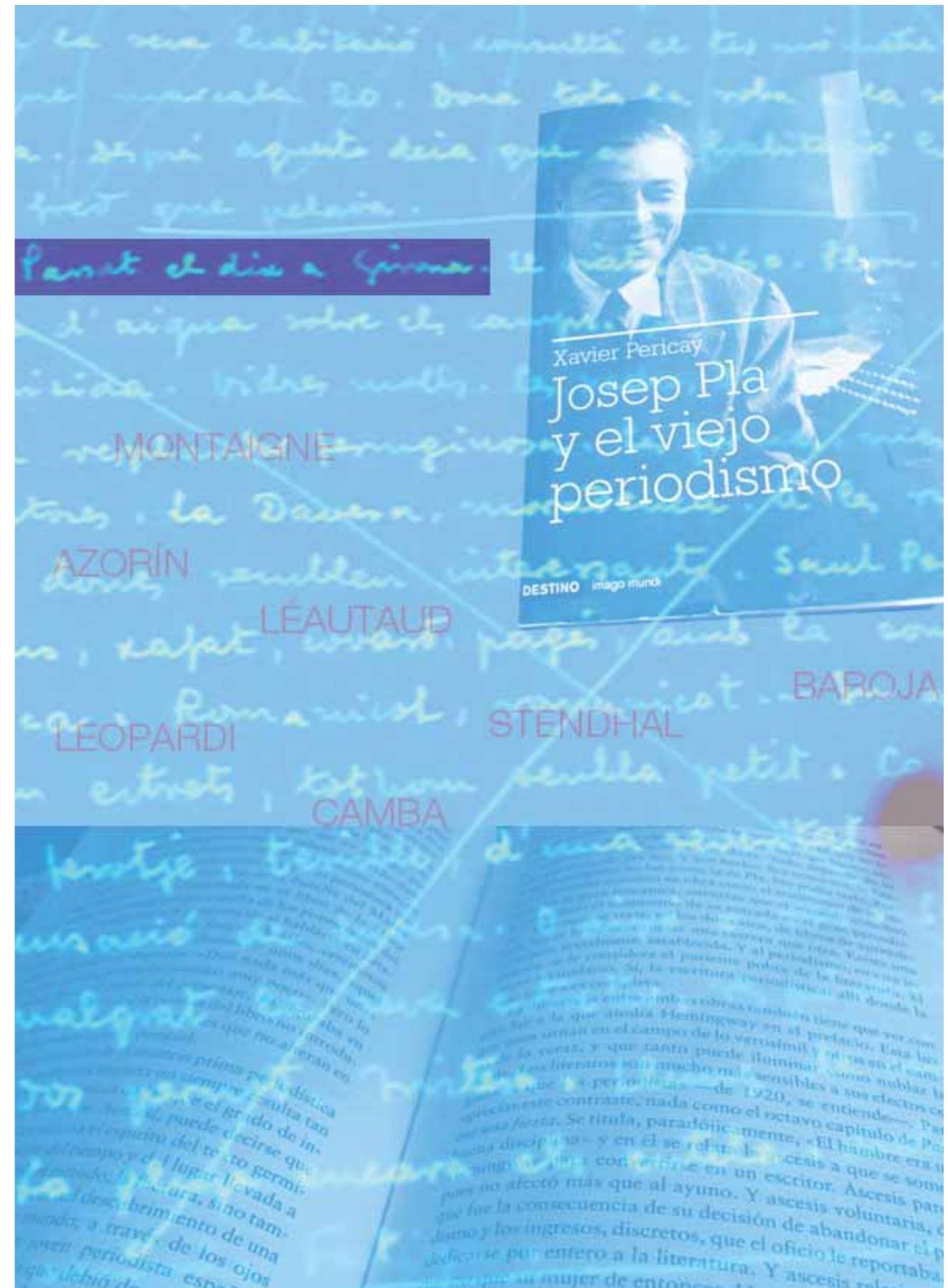
dietario vertebral, que la intimidad era «*el principal problema literario*». Nunca supo exhibir literariamente la suya, al revés de lo que hicieron sus muy queridos franceses Montaigne y Paul Leáutaud, lo que restó hondura a su proyecto memorialístico.

La ficha de enciclopedia debe completarse con un trazo decisivo y transversal que afectó tanto a su ética como a su estética: Pla fue un gran periodista burgués. Aunque siempre haya sido en términos reticentes, no es, ni mucho menos, la primera vez que se ha asociado Pla a la burguesía. Uno de los mayores errores que cometió en su apreciación literaria el escritor valenciano Joan Fuster fue escribir, en su abundoso prólogo a *El Quadern Gris*, que Pla era una suerte de *kulak*, es decir, de propietario rural ruso. Por el contrario la ruralia planiana fue una cáscara, a veces amarga, que apenas podía enmascarar un muy limpio corte burgués del mundo. Pla fue un materialista básicamente racional, convencido de que el dinero era la única metáfora permisible, partidario fascinado de

la tecnología y de la meritocracia, e incrédulo de Dios y de los hombres. Es cierto que su fondo escéptico lo extendió hasta el progreso, con lo que oscureció uno de los rasgos clásicos del burgués: no pueden olvidarse las sucesivas guerras que marcaron su biografía, desarrollada en el siglo de la megamuerte. Pero incluso ese fondo escéptico, alimentado por los Campos, el *Gulag*, la Bomba y el salvajismo civil ibérico, debe matizarse. Pla admiraba las autopistas; participó apasionadamente en un proyecto (al fin frustrado) de urbanización del paisaje de Pals, cuyo orden armónico, establecido por el Notario, gran burgués!, tanto celebraba; y una noche inolvidable en Nueva York, desde las ventanas del Waldorf Astoria, ante la inmensa eficiencia lumínica del capitalismo, se preguntó con una perplejidad socarrona, pero deslumbrada: «*Això qui ho paga?*». Sus andanadas contra el progreso, malhumoradas y con un punto sospechoso de espectacularidad retórica, son mucho menos hondas y creíbles, a mi juicio, que aquel pasaje de sus dietarios donde su

mirada resbala sobre las jóvenes y eficaces azafatas que lo acompañan, finales de los 60, en una visita a una empresa recién inaugurada: más que la lúbrica seducción del viejo ante la inexorable juventud hay en la descripción de esas muchachas la apología de la higiene y de la buena alimentación. Y de la libertad.

Sin embargo, lo más interesante de la mirada burguesa de Josep Pla alude al periodismo, porque es en el periodismo donde la mirada ocasionará una revolución cuyos efectos incluso hoy se aprecian. Es paradójica la evolución del periodismo. Nacido como un hijo de la Ilustración y el racionalismo su práctica pronto fue copada por un ejército de románticos bohemios con chalina, cuya descripción más vívida, al menos en lo que afecta al periodismo ibérico, está en La Novela de un Literato, de Rafael Cansinos Assens. Cuando la revista *Polemic*, (fundada en 1945 por Humphrey Slater y donde Orwell publicó sus célebres Notas sobre el nacionalismo) se definía en su primer editorial como «*sympathetic to science, hostile to the intellectual manifestations of romanticism, and markedly anti-Communist*», no sólo establecía su postura ideológica en el mundo de posguerra sino que emulsionaba el negativo del periodismo vigente. Aún hoy es un programa. Que yo sepa Pla no formuló nunca, de modo explícito, nada semejante. Pero toda su actividad de escritor está vinculada con esa frase cenital de *Polemics*. No es extraño que en su vejez leyera a Orwell con admiración. El combate moral y estilístico de Pla fue una lucha contra la excrecencia romántica, incluso contra ésa que anidaba en su interior corporal y que le hacía llorar o añorarse como un ternero ante determinadas manifestaciones de la sentimentalidad colectiva. No fue su costumbre recurrir al mito o a cualquier forma de aparato simbólico para prolongar la incertidumbre e incompletud de lo real. El periodismo de chalina, que es el dominante, ha tenido siempre una gran querencia por explicar la enrevesada textura de la vida en términos poéticos, es decir, bohemios. La herencia más perdurable de Pla habrá sido, por el contrario, su materialismo estilístico: sus metáforas industriales. Y ese algo interrumpido, cortado en seco de los mejores de sus textos veraces: una condición de la escritura *faction*, que detesta los acabados.



Permítaseme una cita de autoridad, larga pero imprescindible:

«El ataque más acusado y persistente formulado contra mí se ha basado en que soy un bohemio y un descuidado. Ahora bien: lo único que no soy ni he sido nunca es un bohemio y un descuidado. Todos los amigos que poco o mucho me conocen saben quién soy yo: un perfecto y auténtico burgués. Un burgués de clase media mezclado con un pequeño propietario rural. Más burgués que payés. Tengo todas las características del burgués. Ante todo, jamás he tenido deuda alguna. Luego, jamás le he pedido dinero a nadie: ni a los particulares, ni a los municipios, ni a la provincia, ni al Estado. Si en alguna ocasión he comprado algo, lo he pagado religiosamente. (...) He hecho cuantos favores me ha sido posible hacer, a petición de la gente. Afortunadamente, no he tenido ninguna pasión fuerte —travolgente, por decirlo en italiano—, ni con las mujeres, ni con el dinero, ni con los negocios, ni con cualquier tipo de fachendería. Lo único que he pedido es que me dejen libre para poder escribir tal como yo veo las cosas, o sea, por placer. Las personas que escriben a través de la imaginación, sin saber nada de nada, producen papeles y libros retóricos; con frases recargadas y enroscadas, recurren a una gran cantidad de palabras para no decir nada. Yo soy partidario de la literatura de observación de la vida humana, de lo que tenemos delante. (...) Hay que escribir por imposición, que es lo difícil. Lo difícil es lo que cuenta. Aparte de esto, todo lo demás, por muy imaginativo que sea, son simples palabras, nada de nada. La realidad enorme, complicadísima



que uno tiene delante: este es el problema. ¿Todavía quieren que sea más burgués? No he expuesto, ni mucho menos, todas las razones. Yo soy un puro burgués de formación y de gusto, doblado de un pequeño propietario rural cuya ignorancia es indiscutible».

Josep Pla escribió este párrafo en su dietario más veraz, el último: *Notes del capvesprol*. Es fama que, en simetría a su libro *Els pagesos*, quiso escribir un libro sobre los burgueses de su país y de su tiempo. Indagó. Tuvo reuniones. No pudo. No los había.

ARCADI ESPADA

Barcelona, 14 de septiembre de 2009

* Incluido en *Diez articulistas para la literatura española*, Madrid 2010.



© Maite Díaz. Cadaqués, verano 2009

© Arcadi Espada
www.arcadiespada.es



isola graphic studio

© Diseño gráfico Maite Díaz González
© Ilustraciones en las páginas:
41, 45, 51, 53, 57, 61 y 63